

PERSPECTIVAS ACTUALES DE LA MUJER JAPONESA

NONAKA MASAYO*

ES IMPOSIBLE APRECIAR LA SITUACIÓN de la mujer japonesa de hoy —su actual autosatisfacción, además de sus motivos, ideas y esperanzas para el futuro— sin comprender hasta dónde ha llegado social y económicamente, prestando especial atención a los sorprendentes cambios en el casi medio siglo transcurrido desde la segunda guerra mundial.

Antecedentes históricos

La economía japonesa irrumpió en el llamado “rápido crecimiento” (*koodo seichoo*) a mediados de los años cincuenta, y alcanzó su culminación en los sesenta. El PNB creció alrededor de 8% en el periodo (1955-1959) y mostró un doble dígito entre 1960 y 1964, una expansión masiva anticipada y fomentada por la inversión infraestructural privada, con miras a una “racionalización” eficiente de las industrias pesada y química. A través de medidas como el Segundo Plan de Racionalización del Acero (1956-1960), financiado en su mayor parte por bancos municipales y por el banco central, la producción japonesa de acero alcanzó niveles comparables a los de Estados Unidos y Alemania Occidental. Asimismo, la revolución energética —que cambió el carbón por el petróleo—, junto con el precio bajo y estable del petróleo, apoyó este “rápido crecimiento”. Así, cuando se produjo el *shock* del petróleo, en 1973, que redujo a la mitad el crecimiento, Japón pudo aún mantener altas tasas de crecimiento, similares a las de los países occidentales.

* La autora desea expresar su agradecimiento a Kudo Kazue por haberle permitido utilizar el material de sus entrevistas, así como a Ueno Chizuko por su valioso aporte económico. Asimismo, agradece a Alfred Birnbaum por la exactitud de su traducción al inglés de este trabajo, originalmente escrito en japonés.

Debido a la tarea de reconstrucción nacional después de la guerra, los hombres japoneses tuvieron que trabajar duramente para lograr la prosperidad del actual "superestado económico japonés". Gracias a sus esfuerzos, y no sin sacrificios, la que antes podía ser descrita como una "sociedad de masas" se ha convertido en una "sociedad de consumo". El aumento del consumo y el tiempo libre, unido a la difusión del conocimiento y la información a través de los medios de comunicación masiva, trajo consigo un cambio cultural dramático. Los bienes de producción masiva alcanzaron ventas formidables por medio de la publicidad a gran escala, y el consumo masivo condujo a una suavización de la conciencia de clase.

La rápida transformación experimentada por la sociedad japonesa se produjo, sin embargo, a una velocidad que excedía a las conciencias. Al no haber un nuevo modelo que pudiera superar los valores tradicionales previos, o cualquier desarrollo del pensamiento político después del fracaso de la Nueva Izquierda, el éxito material de Japón continuó incontrolable. Así, la mayoría de los hombres continuó con el viejo sistema de empleo del mundo altamente controlado de los negocios, en el cual el ingreso a una "buena universidad" garantizaba un "buen trabajo", y esto se prolongaba en una incuestionable lealtad a la empresa y en el mantenimiento de una esposa y una familia. Para bien o para mal, las mujeres se veían excluidas del mundo de los negocios, y así comenzaron a acumular una energía que en la actualidad está produciendo cambios fundamentales en su estilo de vida.

Desarrollos recientes

A lo largo de la década de los ochenta, la posición de la mujer japonesa comenzó a cambiar lentamente. Hacia 1989 había no menos de diecisiete Consejos Femeninos en el área de Tokio y veintidós a nivel nacional. La presidenta del Partido Socialista Japonés, Doi Takako, se convirtió en la primera mujer postulada para primer ministro, y en el gabinete de gobierno, una mujer ocupaba el puesto de secretaria general. No obstante, aunque el interés de las mujeres por la política aumentó durante la reacción popular en contra de la introducción de un impuesto al consumo arbitrario, y con el escándalo Recruit de corrupción, así como con el "escándalo de

faldas" extramatrimonial del primer ministro Uno, la mujer japonesa continuó impotente frente al estado. Pero donde ésta sí exhibió su fuerza fue en el nivel, sin precedentes, de independencia económica que alcanzó.

De acuerdo con cifras de la Oficina de Censos del Ejecutivo, en 1989 alrededor de 86% de las mujeres controlaba las finanzas del hogar y 96% contaba con dinero propio, mientras que en 1988 había diecisiete millones de mujeres empleadas, lo que correspondía a 40.1% de la fuerza total de trabajo de Japón. Sin embargo, a pesar de la Ley de Igualdad de Empleo para Hombres y Mujeres, promulgada en 1986, la mayoría de las mujeres tenía empleos de secretaria, "servidora de té" (*cha-kumi*) o de recepcionista. Sólo una entre cien ocupaba algún puesto administrativo, muy por debajo de la cifra de uno por catorce de los hombres. No obstante, las mujeres a quienes les desagradaba una "carrera", y que preferían empleos de OL ("office lady") al margen de responsabilidades, constituían una abrumadora mayoría.

Desde los años sesenta hasta comienzos de los setenta, las mujeres que buscaban una mayor independencia aspiraban a un trabajo como el de los hombres: independencia significaba, antes que nada y sobre todo, ingresar al mundo del trabajo. Sin embargo, con el arribo a una sociedad de consumo próspera, el clima social de las mujeres comenzó a variar. En 1992, el porcentaje de mujeres que aspira a entrar en la universidad excede 30%, lo que significa una de cada tres mujeres que finalizan la preparatoria. Por otro lado, ciertas encuestas muestran que los alumnos universitarios se están volviendo más conservadores en sus características. De acuerdo con una encuesta realizada en 1984 por el *Nikkei Shinbun* (Diario de Economía Japonesa), de 906 alumnas universitarias a quienes se les preguntó: "Si usted volviera a nacer, ¿qué preferiría ser, hombre o mujer?", 42% respondió "mujer" y 31% "hombre" —porcentajes que más o menos coinciden con los de una encuesta propia realizada en abril de 1992. Si se compara esto con el periodo que va desde los cincuenta hasta los setenta —y muy probablemente con la historia de Japón a partir de Heian—, cuando las mujeres se vieron obligadas a permanecer en el hogar y a aceptar los convencionalismos, con pocas posibilidades de escapar de la discriminación masculina —y deseando seguramente haber nacido hombre— las estudiantes de hoy parecen considerar que ser mujer no es tan desventajoso.

Además, no hace falta someterse a la tortura del examen de ingreso a una "buena universidad": es suficiente con entrar a cualquier universidad y gozar del apoyo familiar hasta la graduación. Después, hay que encontrar un trabajo más o menos adecuado para luego renunciar y casarse; si el matrimonio no responde a las expectativas, está el divorcio. Como es de suponerse, la tasa actual de divorcios es el doble de la del periodo 1955-1965.

La mayoría de las mujeres japonesas no guarda sentimientos de rabia, resentimiento o insatisfacción frente a las presentes circunstancias. La corriente que favorece a la "mujer común" es muy notable entre las amas de casa. La generación de antes de los años setenta había sido educada en la idea de que la "diversión" y el "placer" eran vergonzantes, por lo que cumplieron abnegadamente con su papel tradicional de amas de casa. Y estas mismas trabajadoras hogareñas de tiempo completo, pertenecientes a la clase media, al crecer sus hijos experimentaban a menudo sentimientos de exclusión y desesperanza, que las conducían a la depresión, la neurosis y el alcoholismo.

Las amas de casa de los años noventa, "despojos" de la sociedad próspera, no sienten la menor culpa cuando disfrutan de la vida. En lugar de la imagen establecida del ama de casa abnegada, ellas cultivan una imagen más diversificada, siendo la más común la de la esposa que trabaja o de la ex trabajadora del hogar de tiempo completo.

En la actualidad, en la mayoría de los hogares, la mujer se haya ausente entre las diez de la mañana y la una de la tarde. Si se toma 1979 como línea divisoria, las amas de casa con trabajo de medio tiempo ya sobrepasan a las que no trabajan fuera, y el porcentaje de mujeres casadas, de alrededor de cuarenta años, con empleos de medio tiempo es de 60 por ciento. Durante la década de los ochenta, el número de trabajadoras de este tipo fue, cuando menos, de 8 millones en todo Japón. Las condiciones de trabajo propias de estas mujeres eran típicamente inferiores, sin la garantía de los derechos mínimos —como el seguro de accidentes laborales— y con el peligro de que podían ser despedidas si los sindicatos de su lugar de trabajo demandaban mejoras. A pesar de todas estas desventajas, y del hecho de que no pertenecían formalmente al sitio donde trabajaban, estas mujeres, que ya habían criado a sus hijos, no se dejaban doblegar, pues el poco dinero que ganaban les servía para cubrir gastos del hogar.

En sentido inverso, las ex empleadas de tiempo completo —en oposición a las amas de casa que salían a trabajar porque el salario del esposo no les alcanzaba para vivir— representaban a las esposas que preferían no autoexplotarse por lo que era, en realidad, un ingreso muy magro. De acuerdo con una encuesta de 1986, estas mujeres pertenecían a hogares relativamente prósperos, en los que el esposo ganaba entre cinco y ocho millones de yenes al año, pero sin llegar a pertenecer a los estratos más ricos.

En la sociedad japonesa tradicional, incluso hasta hace muy poco, el lugar de la mujer estaba en la casa o en la comunidad local: su esfera de actividades, cuanto más, se extendía a los vecinos y a los parientes. Pero con el prodigioso aumento de los esposos “asalariados”, ausentes del hogar, y de las familias nucleares en la sociedad japonesa contemporánea, esta rígida dependencia hacia el grupo tradicional ha pasado a ser cosa del pasado. Las mujeres ahora distribuyen su tiempo libre dentro de una gama de actividades mucho más amplia: asociación de padres de familia y actividades de servicio público; clases de ceremonia del té, arreglo floral, caligrafía, conversación en inglés, etc.; equipos de volleyball de madres; clubes de natación, aerobics y otros ejercicios físicos; grupos de lectura y círculos de estudio en centros culturales; salidas de compras y asistencia a restaurantes; participación en movimientos civiles. Por medio de esta variedad de actividades, las mujeres están poniéndose en contacto con una mayor diversidad de personas, creando así relaciones cualitativamente diferentes a las de la familia y los vecinos. Estas situaciones nuevas han venido a suplantarse los viejos paradigmas de intercambio de información cotidiana necesaria, e incluso sirven de red de apoyo mutuo en caso de mujeres con hijos, que tienen problemas.

El tiempo libre que subyace debajo de estas actividades se debe en gran parte a la ausencia del esposo, ocupado solitariamente en trabajos que le demandan gran cantidad de horas. En la mayoría de los casos —ya sea que el esposo esté empleado en una empresa estatal o privada, o que trabaje de técnico o administrador— los viajes de trabajo son muy frecuentes y el marido regresa siempre tarde al hogar. Así, mantenidas por esposos que han dejado de lado sus sueños para convertirse en “asalariados”, que trabajan hasta quedar exhaustos en estructuras corporativas que no ofrecen la menor oportunidad de crearse una identidad que no sea la de la compañía,

las mujeres gozan de libertad para disfrutar de la vida. Sin embargo, el que las mujeres japonesas se encuentren ahora disfrutando de circunstancias humanas favorables casi no tiene relación con los esfuerzos de los movimientos de liberación femenina, ni con alguna toma de conciencia particular.

Mientras tanto, los intereses del capitalismo reciente, que alimentan el consumo indiscriminado, están queriendo promover la imagen ilusoria de la "mujer nueva autónoma e independiente", para generar con ello nuevas necesidades en el mercado. La diversificación de los estilos de vida de la mujer corre, así, el riesgo de entrar en el juego de la expansión del mercado. Inconscientes, incapaces de distinguir sus propias e intrínsecas aspiraciones de las "necesidades" impuestas desde afuera, las esposas japonesas comunes, en su gran mayoría, prácticamente no se quejan de las circunstancias, por estar vitalmente inmersas en un estilo de vida que no les exige asumir ningún tipo de responsabilidad. Este abandono, libre y fácil, forma parte de la vivacidad de esta época de transformaciones y, en realidad, puede que no sea tan malo, como una etapa transitoria de las estructuras absolutamente rígidas de la sociedad japonesa tradicional. Si bien para el futuro de Japón la tarea debería ser la aplicación de esta energía a curar las grietas y tensiones ahora evidentes en una sociedad creada por hombres, la pregunta es si se podrán sentar las bases para la construcción de una cultura nueva, con valores específicos.

Transiciones futuras

El "rápido crecimiento" puede considerarse como el origen de muchos problemas sociales que se agudizaron en los años ochenta. Uno de ellos fue el abandono de las comunidades rurales. A partir de la segunda mitad de los cincuenta, los avances sustanciales de las técnicas agrícolas propiciaron un éxodo masivo hacia las ciudades, lo que provocó el hacinamiento urbano y el despoblamiento del campo. Además, el flujo hacia las ciudades—especialmente hacia Tokio—, elevó enormemente el precio de las propiedades, que se volvió inalcanzable para un "asalariado", creándose así un gran abismo de riqueza entre el propietario de la tierra y el no propietario.

También se produjo la consolidación de la bolsa de valores. Esto llevó a que mucha gente invirtiera en acciones, al punto de que aparecieron empresas no especializadas, que se dedicaban a los negocios primarios y a la transacción de acciones. Más tarde, junto con la insaciable sed de ganancias que comenzó a asociarse con los círculos políticos, el sentido monetarista de la sociedad se paralizó. En 1988-1989, el escándalo relacionado con la filtración de información interna sobre las acciones de Recruit Cosmos, que iban a ser lanzadas a bajo precio, involucró a casi la mayoría de los nuevos líderes políticos, así como a figuras clave del gobierno y de las finanzas, lo que provocó la caída del gabinete del primer ministro Takeshita. Estos y otros hechos, que afectaban los esquemas de pensamiento de la sociedad japonesa y las condiciones generales de la vida, hicieron que algunas mujeres comenzaran a dar los pasos iniciales hacia la creación de un nuevo sistema de valores alternativos, aunque casi exclusivamente en el campo de los negocios y de la economía.

La creación de un "superestado económico" es uno de los factores que hizo que la sociedad japonesa pasara de los sectores primario y secundario a actividades más creativas. Este cambio de lo "hard" a lo "soft", de la infraestructura a la superestructura, es el tema principal de la empresa japonesa actual, y lo que promete reorientar el marco total de la producción, desde una sociedad industrial hacia una sociedad de la información. Donde antes el negocio "hard" tenía como *raison d'être* las actividades productivas, el negocio "soft" debe orientarse ahora hacia la creación de una cultura cuyo núcleo sean las actividades de consumo. Los servicios relacionados con la información, a diferencia de las empresas que producen cosas utilizando poder físico, apuestan a la brecha entre las cosas, como el nuevo espacio de procesamiento y suministro de información como un bien de valor. Esto invita al pensamiento imaginativo libre de ideas y valores fijos, a la vez que requiere de flexibilidad y sensibilidad, las cuales a menudo son muy fuertes entre las mujeres.

Recientemente, las mujeres se han revelado como las más avanzadas en estos nuevos campos. Cada vez más surgen mujeres hábiles para los negocios que, al constatar el recelo de las empresas manejadas por hombres para darles responsabilidades administrativas, han creado sus propias empresas. Una encuesta de 1988, lle-

vada a cabo por un grupo privado de investigación, mostró que de las 761 mil trescientas sesenta y dos empresas encuestadas, 34 mil seiscientas treinta y seis tenían presidentas mujeres.

Una de estas mujeres, quien emprendió de manera ejemplar un negocio "soft", había estado trabajando en una pequeña empresa de construcción, al tiempo que era testigo del despoblamiento de la aldea rural, donde había nacido en 1947, en la isla norteña de Hokkaido. Decidida a tomar iniciativas para estimular la economía, se fue a Tokio con la esperanza de hacer dinero y regresar a su aldea. A la inversa del esquema típico, en que es el hombre sin trabajo de la pobre aldea rural quien deja a su esposa al cuidado de la pequeña granja para irse a trabajar a la ciudad, en este caso fue ella la que dejó a su marido a cargo de la casa.

Con la idea de vender productos de granja —y también productos de mar— en puestos de las estaciones ferroviarias de Japón, la mujer se acercó al Comité de Comercio Ferroviario de Tokio, pero allí le informaron que la concesión de puestos ya se había hecho. Sin darse por vencida, comenzó a hacer encuestas por su propia cuenta entre los clientes de los puestos de las principales estaciones del área metropolitana de Tokio, y luego le presentaba esas encuestas semanalmente al Comité. De acuerdo con sus investigaciones, los productos que se ofrecían en los puestos de Tokio iban dirigidos a varios tipos de clientes —todos ellos del sexo masculino—, aun cuando a partir de los años ochenta, alrededor de 45% de los viajeros eran mujeres, cuyas necesidades parecían no haber sido observadas. Más aun, los ferrocarriles, en su convencionalismo burocrático, no pensaban que las estaciones fueran espacios públicos, ni que el tiempo pasado en las estaciones pudiera utilizarse para intercambiar información o cultura. Los ferrocarriles se mostraron lentos en tomar en cuenta las apreciaciones de esta mujer, pero al cabo de tres años aplicaron su programa de "puestos para mujeres", por medio del cual se atendieron las necesidades de las mujeres, de acuerdo con la demanda local, y también se crearon galerías de exhibición y comercios minoristas en los pasillos de las estaciones, así como se apoyaron incluso "conciertos".

Otra concepción clave para esta mujer era que los beneficios debían regresar a la comunidad, a fin de crear un medio ambiente mejor para las generaciones futuras. Como ejemplo de ello, ayudó al establecimiento de un "programa de revitalización" de las aldeas

despobladas de Jekkaidoo, coordinando la asistencia económica proveniente de la Agencia de Jekkaidoo para el Desarrollo con las contribuciones de empresas privadas, de los gobiernos locales y del Centro de Investigaciones PHP.

Más tarde, esta mujer fundó su propia empresa, la cual en realidad no produce bienes de consumo sino más bien planifica, consulta y coordina a los consumidores, las industrias, las ventas y los recursos a nivel local. Esta empresa, exclusivamente constituida por mujeres, impulsa proyectos de gente creativa en diversos campos. Sus características únicas y su poder de movilización a menudo se oponen a los usos aceptados de la sociedad japonesa, largamente dominada por hombres, donde "ensuciarse las manos" invariablemente significaba "negocios sucios", como lo expresa el dicho "el pez no puede vivir en agua pura". Ella declara con franqueza que los objetivos de su negocio "no son en primera instancia los beneficios económicos, sino más bien impulsar una revolución de la cultura. Voy a demostrar que el pez sí puede vivir en agua pura". Encontramos aquí una medida del orgullo de la mujer japonesa y de su confianza en que el *statu quo* del hombre irá cambiando poco a poco.

A la luz de esto, estamos comenzando a ver cómo las mujeres toman como modelo a otras mujeres para superar las actuales falencias de la sociedad japonesa, lanzando nuevas acciones al mercado de ideas-producto y devolviendo parte de las ganancias a la sociedad, mediante activistas-negociantes comprometidos en una revolución cultural desde la perspectiva femenina. Al conjuntar a la industria, al gobierno, a las empresas privadas y a las organizaciones de investigación con la idea del beneficio mutuo y de la visión idealista de una sociedad mejor, la experiencia femenina de dar a luz y de amamantar puede llegar a jugar un papel aún mayor en la conformación del futuro de Japón.

Traducción del inglés:
GUILLERMO QUARTUCCI

BIBLIOGRAFÍA

- YASUBA Yasukichi e Inoki Takenori (comps.), 1989. *Koodoo seichoo: Nijon keidzaishi* [El crecimiento rápido: Historia económica de Japón], Tokio, Iwanami Shoten, vol. 8.
- Feminisumu 1990. *Onna no dyidai o tabisuru* [Viajando por la "Edad de la mujer"], Tokio, Jijyoosha.
- Feminisumu nyuumon, 1990. [Introducción al feminismo], Tokio, JICC Shuppanyoku.
- VENO Chizuko y Dantsu Network (comps.), 1988. *Onna en ga yoo no naku o kaeru* [La afinidad entre mujeres cambia el mundo], Tokio, Nijon keidzai shinbun.
- _____, 1988. *Onna asohi* [Mujerear], Tokio, Gakuyo shobo.
- SOYA Tokumaru, 1989. *Uumam pawaa* [El poder femenino], Tokio, Ses-hio Shuppansea.